

BERT WAGENDORP

VENTOUX



© Bert Wagendorp, del texto original.

Publicado originalmente en los Países Bajos en 2013 por Uitgeverij Atlas Contact, Amsterdam.

© Libros de Ruta Ediciones, S.L., 2018.

Bilbao-Galdakao errepidea 10-3

48004 Bilbao

info@librosderuta.com

www.librosderuta.com

Primera edición: junio 2018

Traducción: Isabel Pérez van Kappel

Edición: Eneko Garate Iturralde y Begoña Castaño Irazabal

Portada y maquetación: Amagoia Rekeró García

Foto portada: fotografiecor

Foto autor: Annaleen Louwes

ISBN: 978-84-946928-7-1

Depósito legal: BI-529-2018

Impreso en España por GZ Printek

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CON LA VERSIÓN IMPRESA, GRATIS VERSIÓN DIGITAL DEL LIBRO.

Si ha comprado este libro y quiere disponer también del mismo en formato digital, escriba su nombre y apellidos en la primera página con bolígrafo o rotulador. Saque luego una foto de dicha página y envíela a info@librosderuta.com. Una vez recibamos su email con la foto, le enviaremos la versión digital del libro a su dirección de correo electrónico.

Para Hannah

[...], y allí, dejando volar la mente de lo corpóreo a lo inmaterial, a mí mismo me he dirigido aproximadamente en estos términos:

«Igual que tantas veces te ha ocurrido hoy en la subida de este monte, te ocurre a ti como a tantos en el camino de la vida bienaventurada. Pero de ello no se dan cuenta tan fácilmente los hombres porque los movimientos del cuerpo son manifiestos, mientras que los del alma permanecen invisibles y ocultos.

La vida que llamamos bienaventurada la encontramos en un lugar alto, y angosta es la senda, nos cuentan, que a ella conduce».

Francesco Petrarca, *Subida al Monte Ventoso**.

* Traducción de Plácido de Prada, José J. de Olañeta Editor (2011).

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
Capítulo 1	15
Capítulo 2	25
Capítulo 3	29
Capítulo 4	31
Capítulo 5	43
Capítulo 6	49
Capítulo 7	61
Capítulo 8	63
Capítulo 9	73
Capítulo 10	77
Capítulo 11	85
Capítulo 12	97
Capítulo 13	105
Capítulo 14	109
Capítulo 15	115

Capítulo 16	121
Capítulo 17	127
Capítulo 18	151
Capítulo 19	175
Capítulo 20	183
Capítulo 21	209
Capítulo 22	223
Capítulo 23	235
Capítulo 24	245
Capítulo 25	251
Capítulo 26	257
Capítulo 27	267
Capítulo 28	271
Capítulo 29	277
Capítulo 30	285
Capítulo 31	293
Capítulo 32	299
Capítulo 33	309
Capítulo 34	313
EPILOGO	315
AGRADECIMIENTOS	323

PRÓLOGO

La fotografía ha estado años metida en un sobre, en el fondo de una caja de mudanzas. Sobre la cinta adhesiva marrón con la que sellé esa caja en algún momento a mediados de los años ochenta, había escrito «varios». La habré sacado de un armario oscuro, de un desván o de un cobertizo, y vuelto a almacenar sin haberla abierto, por lo menos ocho veces. En cuanto ella volvió a aparecer, supe inmediatamente dónde encontrar el sobre.

Las fotografías de otras vacaciones están pulcramente pegadas en álbumes, bajo títulos tales como «Italia, 1984» o «Ruta 66, 1986». Esta estaba oculta en las profundidades de mi memoria y de una caja fuerte de cartón, hasta que llegó el momento de sacarla de nuevo a la luz. El tiempo la había velado con una sombra anaranjada.

La deposité sobre la mesa del comedor, delante de mí, y absorbí la imagen. Me quedé abstraído un buen rato, fijando la mirada en los ojos de los retratados. Poco a poco fueron resurgiendo los recuerdos: los sonidos, los olores, las palabras. Me acordé de que miré hacia la cámara y pensé: algún día, dentro de mucho, mucho tiempo, miraré esta fotografía y me acordaré de que fui feliz. El tiempo pareció desaparecer hasta

casi convertirme de nuevo en el joven del retrato. Volví a sentir la excitación, la alegría, la ilusión. Volví a sentir su cuerpo contra el mío.

Han pasado casi treinta años desde que se tomó esa fotografía, en el *camping* de un pequeño pueblo de la Provenza, la víspera de que Joost, Peter y yo escaláramos el Mont Ventoux. En el dorso pone: «De acampada en Bédoin, junio de 1982. De izquierda a derecha, David, Peter, Laura, Bart, Joost, André». Al fondo se ve una tienda de campaña tipo bungalow de color azul y una pequeña tienda de *trekking* de color naranja. Se ve también una bicicleta de carreras apoyada contra una valla. La chica lleva un bikini rojo y chanclas de dedo blancas. Sus labios insinúan una sonrisa azorada, como si la inmortalización de ese preciso momento no le convenciera.

André tiene un cigarrillo en la boca y mira despreocupadamente hacia la cámara a través de una nube de humo. Joost posa abiertamente, en jarras y sacando pecho; David alza la mano, haciendo un gesto de advertencia: la fotografía se hizo con su cámara, y él acababa de ajustar el disparador automático.

Peter lleva un sombrero y gafas de sol. No hay manera de verle los ojos. En sus labios se percibe una mueca ambigua. Con las manos en los bolsillos de unos vaqueros cortados, se apoya con su torso desnudo contra Laura. Se ve claramente que es perfecta, lo bonitos que son sus senos y lo infinitamente largas que son sus piernas. Sus ojos te cautivan, incluso desde una copia Kodak. Mi brazo derecho la ciñe y yo miro triunfalmente al objetivo, como un futbolista a quien se ha permitido sujetar, durante un momento, la copa de campeones.

CAPÍTULO 1

Me llamo Bart Hoffman. En realidad, mi nombre oficial es Johannes Albertus Hoffman —Hoffman tal y como lo escribe Dustin, con dos efes y una sola ene—. Nací hace casi cincuenta años en Zutphen, una pequeña ciudad al borde del río IJssel, en la región de Achterhoek. Mi padre era director de una escuela primaria cristiana de esa población.

Soy periodista de sucesos en un periódico de ámbito nacional. Pertenezco a la generación de estudiantes universitarios que recalaron en el periodismo tras abandonar la carrera. Un chico al que conocía de mis estudios de filología neerlandesa escribía de vez en cuando un artículo para la página de arte del periódico *De Volkskrant*. Se enteró de que en la redacción de deportes buscaban a alguien para que mecanografiase los resultados los domingos por la tarde. De vez en cuando también tenía que ir a algún partido de fútbol de poca relevancia, cuando andaban cortos de personal. Escribir se me daba bien: cuando oí que buscaban un reportero, me presenté al puesto y me lo dieron.

No me dolió dejar mis estudios; no tenía mucho en común con mis compañeros de aula. No me interesaba nada todo ese

rollo sobre el escritor Reve y el poeta Lucebert¹, ni tampoco sobre la gramática generativa de Chomsky. Era el único de mi promoción que leía el semanario deportivo *Voetbal International*. A mis compañeros de clase no les impresionaba nada que fuese capaz de recitar de memoria, sin esfuerzo alguno, los cinco primeros minutos de la intensa transmisión de Herman Kuiphof de la final del Campeonato del Mundo de fútbol de 1974²; y eso que era una verdadera obra de arte *ready-made*. Mucho antes de que se pusiera de moda, yo ya imitaba a Cruyff estupendamente; pero mis compañeros ni siquiera lo conocían.

El reportero que hacía las crónicas de ciclismo se jubiló al cabo de dos años y me transfirió a mí la responsabilidad de ese deporte. Durante la primavera, viajaba detrás del pelotón e informaba primero sobre la París-Niza o sobre la Tirreno-Adriático, y después sobre las clásicas. Y en verano, me iba al Tour de Francia.

Por la mañana perseguía un rato al pelotón, cuando terminaba la etapa hablaba con los ciclistas, luego mecanografiaba el artículo y por la noche iba al restaurante con los colegas, para comentar la carrera y hablar de la vida. No me podía imaginar una existencia mejor, y siempre me entristecía un poco cuando, llegado el otoño, tras el Campeonato del Mundo, la París-Tours y la Vuelta a Lombardía, todo se acababa de nuevo durante cinco meses.

A los veinticuatro años, unos días después de que los Países Bajos se convirtieran en campeones de Europa de fútbol, me fui

¹ Reve y Lucebert: se trata de Gerard Reve (Gerard Kornelis van het Reve, 1923-2006) y de Lucebert (Lubertus Jacobus Swaanswijk, 1924-1994), considerados, respectivamente, uno de los mejores prosistas y poetas de la literatura neerlandesa tras la segunda guerra mundial. Ambos fueron muy polémicos en algún momento de su vida por sus actos, su obra o sus opiniones.

² Herman Kuiphof (1919-2008), periodista deportivo neerlandés de prensa, radio y televisión. Su retransmisión de la final del Campeonato del Mundo de 1974, que perdieron los Países Bajos contra su eterno rival, Alemania, ha quedado en los anales de las retransmisiones deportivas neerlandesas.

a vivir con mi novia. Hinke era guapa: tenía la piel blanca y los ojos claros y provocadores del norte. Se llevaba la pierna al cuello con facilidad, porque hacía gimnasia desde muy pequeña. Estaba enamorado de ella y me resultaba agradable, pero eso fue antes de que brotara lo que había de desagradable en ella.

Cuando nuestra hija Anna cumplió cuatro años, en 1995, me dio a elegir. Podía optar entre la paternidad o la vida de vagabundo de un reportero de ciclismo. En el primer caso, ella seguiría formando parte de mi existencia; en el segundo caso, desaparecería de esta y se llevaría a mi hija. Ante la disyuntiva, preferí convertirme en un padre de verdad.

Me presenté ante el redactor jefe y le expliqué mi situación. Nuestro reportero de sucesos se había muerto de un ataque al corazón hacía cosa de un mes. El redactor jefe me preguntó si sabía algo de crímenes y de jurisprudencia.

—He sido reportero de ciclismo y he leído *Crímen y castigo*—respondí, más o menos de guasa.

—Muy bien, entonces eres el hombre que necesitamos. Enhorabuena.

Cuando cumplí cuarenta años, dejé de fumar, saqué mi vieja Batavus del cobertizo y empecé a limpiarla. Fue, si se me permite decirlo, una de las mejores decisiones de mi vida. Montado en la bicicleta fui comprendiendo, poco a poco, pero con toda claridad, la noción de que puedes girar hacia la derecha, pero también hacia la izquierda. De que puedes tomar siempre la misma ruta, pero que también puedes elegir otra. De que a veces las cosas suceden, pero que otras veces tú también puedes hacer que algo suceda. A pesar de todo, tuvieron que pasar todavía cinco años antes de que nos divorciáramos. Entonces Anna ya tenía dieciocho años, y no había por tanto razón alguna para que siguiéramos juntos.

Desde que me volví a quedar solo vivo en un piso amplio en el centro de Alkmaar. Me vine a esta ciudad en una época en

la que Ámsterdam me resultaba demasiado grande, y sus habitantes demasiado ruidosos y seguros de sí mismos, y ahora ya no quiero irme de aquí. La decoración del piso es muy sobria, pero eso no me importa nada. Tengo todo lo que necesito, y me gusta disponer de espacio a mi alrededor.

No hay ni un solo metro entre Den Helder y Purmerend por el que se pueda ir en bicicleta que no conozca. Cuando vas en bicicleta sientes que el tiempo se detiene, o por lo menos que no representa ninguna amenaza. La bicicleta te protege contra la desesperanza.

Anna se ha comprado una Bianchi: se nota que ha tenido un buen maestro. Nada de bicicletas de carreras alemanas por Internet, ni una nueva marca americana, sino una bicicleta italiana de una marca clásica. Sabe quiénes fueron Coppi y Bartali, y le gusta más el Giro que el Tour.

—¡Espléndido color! —exclamé cuando me la trajo para que la viera—. Un bonito azul agua.

—Se dice turquesa.

No tenía ni idea. Para saber algo así tienes que ser una mujer ciclista.

—La Dama Bianca —le dije.

—Giulia Occhini.

—¿El doctor?

—Enrico Locatelli.

—¿En...?

—Varano Borghi.

—¿Junto al..?

—Lago Comabbio.

—¿Y eso qué es?

—No existe, son las lágrimas del *dottore* Locatelli, mezcladas con las gotas de sudor de Fausto Coppi.

—Y con los néctares de amor de Giulia Occhini.

Anna estalló en carcajadas:

—¡Bart, que te está oyendo la niña!

Esto último era una cita de su madre. En ese mismo instante volví a ver ante mis ojos la tienda de marca De Waard, en el *camping* italiano, con el desayuno sobre la mesita desvencijada y la risa confabulada de Anna.

—¿Pasión o traición?

—Pasión. Si no se hubiese marchado con Fausto, entonces sí que habría sido traición.

—¡Muy bien!

—¡Bart! ¡Estás convirtiendo a la niña en un ser completamente amoral! Por supuesto que fue una traición.

Era uno de nuestros diálogos fijos. Teníamos como una decena de diálogos semejantes, y ambos nos sabíamos perfectamente nuestra parte correspondiente. Este texto era más especial si cabe. Cuando Anna tenía diez años, nos acercamos durante las vacaciones hasta Varano Borghi, no muy lejos del Lago Mayor, para conocer el lugar del que procedía Giulia. Yo acababa de ver una obra de teatro titulada *Fausto y Giulia*, y quería averiguar si quedaba algo en el pueblo que recordase la más famosa historia de amor del deporte.

No había nada. Le pregunté a un transeúnte si sabía dónde estaba la antigua vivienda del *dottore* Locatelli, pero se encogió de hombros.

Era finales de febrero, y de lo que se hablaba todavía era del Elfstedenstocht³, pero ella ya había dado alguna vuelta con su bicicleta. Me señaló el cuentakilómetros: 195 kilómetros.

—En cuatro salidas. No está mal ¿eh? Y sola, que eso también hay que tenerlo en cuenta. A una media de 26,1 kilómetros por hora.

³ Elfstendentocht: la vuelta de las once ciudades, marcha de patinaje sobre hielo entre once ciudades frisias, con salida y llegada en Leeuwarden, la capital de la provincia de Frisia. Organizada por la Real Sociedad de las Once Ciudades Frisias, la primera edición tuvo lugar en 1909 y la última hasta la fecha, y decimoquinta, en 1997, ya que para poder realizarse el hielo de los canales tiene que cumplir ciertas exigencias de espesor y calidad. En la última edición tomaron la salida más de 16.000 participantes, y todos los inviernos miles de personas esperan que, por fin ese año, se pueda celebrar de nuevo la vuelta.

Quedamos para salir en un par de días. Me regocijaba de antemano. Montar juntos en bicicleta es amistad, amor y afinidad, todo junto.

Pedaleamos hacia el oeste. Al llegar a Egmond nos metimos por las dunas. Los rayos del sol arrancaban el frío de la arena.

—Un poco más despacio, papá —me gritó Anna—. Que no estoy en forma, me falta todavía un tiempo para estar a punto.

Hablaba como un profesional al principio de la primavera. Bajé la marcha, me situé a su lado y le di un empujoncito en la espalda.

—Pedaleas demasiado fuerte. Todas las mujeres pedalean demasiado fuerte. Eso es porque están acostumbradas a bregar con esas ridículas bicicletas de abuela. Tienes que pedalear con *souplesse*, con un golpe de pedal más suave.

Hizo lo que le aconsejé. Descansé las manos sobre el manillar y, muy ligeramente, sobre la felicidad.

En una terraza en Bakkum, un chico guapo nos trajo el café. Anna se había quitado su chaquetón y él le miró la camiseta.

—Te favorece mucho —le dijo.

—Gracias —le contestó ella, regalándole una sonrisa celestial.

—El pantalón también te sienta bien.

Con un gesto irreflexivo de la mano lo mandó a paseo.

Tomé un sorbo de café y la miré fijamente:

—Pasan cosas extrañas, Anna.

—Sí, pasan cosas muy raras. En Estados Unidos se metió una pantera en un barrio residencial y se quedó dormido en un sofá. Lo leí esta mañana en...

—Que me pasan cosas extrañas a mí. En mi vida.

—¡Oh! ¿Qué cosas extrañas?

—Bueno, en primer lugar, me reencuentro con mi viejo amigo André en el juzgado.

—¿Es juez?

—No.

—¿Abogado?

—No, es delincuente.

—¡Jesús! ¿Y es amigo tuyo? ¿Tiene que ir a la cárcel?

—No, ha sido absuelto por falta de pruebas.

—Menos mal. Bueno, para él. ¿Y qué otras cosas raras te pasan?

—Un poco después leí que mi amigo Joost está nominado para el premio Spinoza.

—¿Qué hace?

—Es un físico excepcional. Por lo menos, eso es lo que pone en el periódico.

—¡Ah! No tenía ni idea de qué iba ese premio.

—Es una especie de Premio Nobel neerlandés, por decirlo de algún modo.

—¿Qué amigos más chistosos tienes. Y aquel otro, ¿cómo se llama...?

—David. El de la agencia de viajes. Pero ese no cuenta, porque a él lo veo con cierta frecuencia y me llama un par de veces por semana.

—Pero ¿qué hay de extraño en todo esto?

—Que todo vuelve.

Se quedó mirándome, pensativa.

—No creo que sea tan raro, me parece a mí. Esas cosas pasan. Por casualidad.

—Había otros dos amigos —le contesté—. Un amigo y una amiga, para ser exactos. Peter y Laura.

Entonces alzó las cejas:

—¿Y también han vuelto a aparecer?

—No.

Le hice señas al camarero y pedí otros dos cafés. Dudaba de si debía contarle la historia, y decidí no hacerlo. El día era demasiado hermoso.

—¿O es que están muertos? —preguntó ella.

Con André me topé a comienzos de 2012, en el expediente de una causa por un asunto de cocaína en el que, posiblemente, «estarían implicados altos funcionarios y otras personas importantes». Se me escapó un «¡Anda! André».

Fui al juzgado y esperé a que entraran los acusados. André se había afeitado la cabeza. Tenía un aspecto estupendo, y llevaba un traje que había costado, sin duda alguna, más que todo mi guardarropa. Su mirada se deslizaba entre los presentes, como buscando algo. Me di cuenta de que me había reconocido por una inclinación prácticamente imperceptible de la cabeza. Creo que sabía que yo estaba allí, aun antes de haberme visto.

Lo absolvieron dos semanas después, por falta de pruebas. André me miró entonces más abiertamente y sonrió. No había duda posible de que había interpretado correctamente mi mirada: buen trabajo, chico, has ganado la partida.

Una semana más tarde leí un artículo sobre el profesor doctor Joost M. Walvoort y su trabajo sobre la teoría de cuerdas. Se le nombraba como posible candidato al premio Spinoza, dotado con dos millones y medio de euros. «Es una cantidad importante, que te permite hacer muchas cosas como investigador», decía Joost en el periódico. Yo sabía exactamente cómo lo había dicho y la cara que había puesto al pronunciar esas palabras, con una expresión en la que se mezclaban cierto descuido con una dosis de arrogancia.

Busqué el nombre de Joost en el sitio *web* de la universidad de Leiden: «Prof. Dr. J.M. Walvoort (Joost), física teórica». En la fotografía que acompañaba al texto pude apreciar que los años no habían dejado en su rostro huellas muy profundas. Miraba hacia el objetivo seguro de sí mismo, con esa ligera burla tan suya en los ojos.

Marqué su número, y me cogió enseguida el teléfono.

—Hola, soy Bart.

—Hola Pol, tú otra vez —dijo, como si fuese la cuarta vez que hablaba con él ese día.

Cuando íbamos en bicicleta, Joost me llamaba Pol, porque le parecía que sonaba a as del ciclismo flamenco. Él era Tuur⁴.

—Se me ocurrió pensar: «tengo que llamar a Joost».

—Muy bien. ¿Y cómo estás? ¿La polla todavía te funciona sin problemas?

Esto es lo mejor de los viejos amigos. Que, después de veinticinco años, le llamas, y tu amigo el sabio lo primero que hace, antes de nada, es preguntar con gran interés por la salud de tu polla.

—Estupendamente —le contesté.

—Bien. ¿Nos tomamos una cerveza?

—Para eso te llamo.

—Vale, pues dime cuándo.

Le propuse una fecha.

—Perfecto. ¿En Ámsterdam o en Leiden? ¿O ya no vives en Ámsterdam? ¿En Alkmaar? Pues si te parece quedamos en Leiden. En Huis De Bijlen, ¿lo conoces? A las ocho. Así comemos algo primero.

Directo a la acción, sin más palabrería, y al mando, como si fuese él el que me hubiese llamado, o como si hubiese estado a punto de hacerlo.

—Vale —le contesté—. Tengo ganas de volver a verte, Joost.

Yo tampoco había cambiado nada, dispuesto como estaba a aceptar de inmediato que Joost se arrogase el papel de líder.

—Muy bien. Si quieres, te puedes quedar a dormir. Tengo sitio de sobra.

Seguía conservando ese ligero acento de Ámsterdam.

No le conté que, tres días antes de vernos, iba a montar en bicicleta con André.

4 Referencia a los cantantes de pop belgas, grandes estrellas en su país, Will Tura («Tuur») y Christoff De Bolle, también conocido como el rey de la conga (llamada «polonaise» en neerlandés, de donde procede el apodo de «Pol»)